

Javier Tafur

De Javier Tafur tuve noticias cuando leí su libro sobre Jovita, hace más de veinte años. Supe que era abogado, poeta y aficionado a la literatura. Por aquella época Javier no escribía cuentos, ni quería escribirlos, quizá porque no era un género en el que se sintiera cómodo, en el que pudiera expresar ese mundo suyo que siempre lo he asociado con el asombro de los niños cuando descubren cosas nuevas.

Sin embargo, al encontrar Javier Tafur el minicuento fue cuando me di cuenta de mi equivocación y entendí que, al contrario, muchas de las cosas que tenía por decir no cabían en la poesía. Y lo entendimos mucho más cuando vimos a Javier moverse rápidamente, con habilidad e intuición, hacia este nuevo género como si lo manejara desde siempre.

Por aquella época Guillermo Bustamante y yo habíamos fundado en los pasillos de la Universidad Santiago de Cali una revista de una sola hoja por lado y lado, que valía apenas dos pesos, llamada Ekuóreo. Y a través de esa revista de minicuentos nos empezamos a relacionar con Javier.

Pero ¿cómo podía alguien, sin tradición en la prosa, manejar con conocimiento un género de tanta dificultad como el minicuento? La respuesta para mí es muy sencilla: Javier venía de la poesía, venía de experimentar con el haikú y había intentado en ese género lo que Joyce y Hemingway intentaron en la prosa con las epifanías y los inolvidables sketches. Si ustedes leen los dos tomos antológicos de la poesía que Javier publicó por aquella época, allí encontrarán que ya necesitaba otro lenguaje, otro género, y que infiel a su condición de poeta se le estaban saliendo de las manos historias que merecían un tratamiento narrativo. Javier recreaba momentos, ambientes, situaciones, personajes, objetos, recuerdos, caracteres que bien mirados podían pertenecer a uno u otro género.

Y cito lo anterior porque cuando nació Ekuóreo también nació un debate: ¿qué es un minicuento? Con Guillermo Bustamante siempre intentamos definir este género. Y nunca nos pusimos de acuerdo. Nunca, en 22 años, Memo con su racionalidad y yo con

mi emotividad, hemos logrado acercarnos a una definición. Pero sí coincidimos en varias cosas y una de ellas es que el minicuento se alimenta del poema, sobretodo de la visión poética que viene del Lejano Oriente.

Entonces no es de extrañar que Javier apareciera en el minicuento colombiano con la fuerza y energía de un potrillo desbocado. Creo, y es verdad porque conozco de cerca este tema, que Javier Tafur es el escritor colombiano que más minicuentos tiene en su haber. Creo que ha escrito más de quinientos, o muchos más, y recuerdo que cuando Ekuóreo lanzó el Primer Concurso Nacional de Minicuentos en 1981, cuyo requisito era enviar uno o varios cuentos cortos, Javier participó con un libro de 111 minicuentos. Y era su primera incursión en este género. Y allí en ese libro había textos muy buenos, algunos memorables como Un día de regreso y El anciano y el caracol.

¿Cómo diablos aprendió Javier Tafur a escribir minicuentos? Muy sencillo: experimentado, cometiendo errores, evaluándolos y sobretodo leyendo. Creo que fue una época muy febril para Javier y todos los que andábamos metidos en la creación literaria. Con Memo ampliamos el debate acerca de lo que era un minucuento. Y Javier también entró en ese debate publicando un artículo en la revista Hispanoamericana, que por cierto creo es el precursor del libro que hoy presenta.

Y esa polémica, ese intento a veces inútil de sistematizar la literatura, nos llevó al Taller de Escritura de la Universidad Libre que coordinaba con Leopoldo Berdella de la Espriella.

Allí legó Javier, junto con Rodrigo Escobar Holguín, Lucy Fabiola Tello y Julián Malatesta, a hablarnos de poesía, sobretodo de la poesía oriental y en particular del haikú, de Basho. No eran clases de poesía, eran talleres si tenemos en cuenta que ellos llevaban sus propios poemas, haikús y minicuentos. Y aprendimos tanto de poesía que muchos de los que aspirábamos a escribirla algún día, nos dimos cuenta que no teníamos ni las herramientas ni la sensibilidad para hacerla.

Pero fue en ese Taller de la Libre, ya partir de él, donde se fomentó mucho más en Javier la pasión por el minicuento porque la mayoría de sus integrantes trajinábamos por el camino de la

prosa y casi siempre nos metíamos a leer y a experimentar con cuentos y minicuentos.

Ekuóreo en Colombia tuvo mucha receptividad, mucha convocatoria. Tanta que al Taller de la Libre llegó gente que empezaba a trabajar este género a partir del estímulo que logramos impulsar.

Allí conoció Javier a escritores como Triunfo Arciniegas, Evelino José Rosero, Manuel Mejía Vallejo, Jairo Aníbal Niño, Juan Carlos Moyano, Mario Escobar Velásquez, a poetas como Juan Manuel Roca, Horacio Benavides, gente de Medellín, de Pasto, de Bogotá, la gente de Barranquilla que publicó Zona, la tercera revista de minicuentos que se publicó en Colombia. A partir de ese momento Javier empezó a ser conocido fuera de Cali y sus minicuentos se publicaron por todo Colombia.

Y hablo de esto porque ahora me parece que fue un grupo, una generación que escribíamos, nos leíamos y que teníamos ya algo en común: la pasión por el minicuento.

Pero de todos, como ya lo dije arriba, Javier Tafur fue quién más experimentó con el minicuento, tanto que ya no sólo se contentó con escribirlos sino que fue el primero en Colombia, con su artículo en la revista Hispanoamericana ya citada, que intentó una teoría sobre el mismo. En ese artículo, si mal no recuerdo, Javier clasifica la temática que manejaba el minicuento colombiano y señalaba la deuda del género con la poesía. El trabajo y el sentido común también lo llevaron a concluir que es uno de los géneros más difíciles en cuanto a la creación literaria, incluso más difícil en su elaboración que un cuento normal de ocho o diez cuartillas.

Fue a partir de ese artículo que le propuse a Memo definir de una vez por todas ese animalito que nos corría el alma. Y escribí un artículo que luego se convirtió, con ajustes, en la introducción al libro Antología del cuento corto colombiano. Si ustedes lo leen descubrirán que nunca logramos emitir un concepto claro y que utilizamos el viejo truco de decir qué no es un minicuento. Hacemos una especie de nudismo en el que vamos despojándolo de todo lo que no cabe en él: ni el chiste, ni las divagaciones, ni

excesos en el lenguaje, ni las imágenes desbordadas, ni los decorados.

Lo cierto es que Javier Tafur, y muchos otros, nunca necesitamos herramientas teóricas para escribir cuentos cortos. Para volver a retomar un poco la idea planteada al principio, diría que Javier tiene una mirada, un alma de niño que nunca deja de asombrarse ante nada conocido o por conocer. Si ustedes algún día lo han oído narrar las leyendas nuestras de la tradición oral, descubrirán que Javier las cuenta como las contaría un chamán, es decir no como un cuento sino con la firme creencia de que eso es verdad, que ese mundo fantástico, utópico y ejemplarizante de la vieja tradición orla está allí, a nuestro lado, un mundo que nuestra mirada racional no nos deja ver ni comprender.

Por último quiero dejar en claro que quise hablar fue de una época, de cierta vocación, de un escritor que participó en muchos procesos buscando siempre un espacio y un lenguaje para poder expresarse.

*Sabemos que Javier no se ha agotado, que su cantera como en un cuento de hadas siempre estará llena, presta a contarnos muchas historias más, a sorprendernos con minicuentos tan bien logrados como *La visita*, con el que pongo fin a esta presentación.*

La visita

Tocan la puerta. Seguro es la misma persona que vino ayer, que vino anteayer, que ha venido todos estos días, que me asedia y me fastidia. Iré a abrirle. Seguramente se sentará en mi silla, cogerá mis libros, fumará mi pipa. Antes de abrirle me asomaré por la ventana. Sí, ya lo veo; allí está. Ciertamente es el mismo. Puedo demorarme un momento pero volverá a llamar. Terminará por entrar. Lo que me sorprende es que desaparezca cuando entra y siempre sea yo quien hace sus movimientos.

Gracias.

Harold Kremer